

LA REPÚBLICA MARTIANA EN EL PORVENIR DE LAS ANTILLAS¹

Por: Pedro Pablo Rodríguez, investigador titular del Centro de Estudio Martianos, La Habana.

Los dos decenios finales del siglo XIX vieron acrecentarse el desarrollo de la sociedad industrial y la aparición de los primeros monopolios en los sectores económicos junto con el sustancial aumento del poderío bancario. Así, la modernidad capitalista transitaba entonces hacia lo que posteriormente se llamaría el imperialismo, y, como parte de ese proceso, se agudizaron las contradicciones entre las grandes potencias, en franca rebatía por controlar los mercados abastecedores y consumidores, sobre la base casi siempre del control territorial de las sociedades poco avanzadas en el capitalismo. Se consolidó definitivamente la formación del mercado mundial más allá de cualquier frontera y se repartieron vertiginosamente pueblos, naciones y estados de África, Asia y la zona del Pacífico.

Desde entonces, mercancías, mercados y comercio, acompañados de las conquistas coloniales, zambulleron a las más diversas sociedades y culturas, hasta esos momentos relativamente aisladas, en la vorágine de esa modernidad cambiante, que tendía a ponerlas a su servicio.

A las guerras y conflictos de todo tipo entre las grandes potencias modernas de Europa se fueron sumando nuevos actores como Alemania e Italia, y dos surgidos fuera de ese Viejo Mundo: Japón, en Asia, y Estados Unidos en las Américas. El primero tendió sus miradas y sus garras hacia el continente y las islas cercanas; el segundo, que ya había ensanchado su territorio del Atlántico al Pacífico, se aprestaba a disputarle sus influencias hacia el sur del continente a las potencias europeas, sin desdeñar el movimiento hacia el oeste por el Océano Pacífico.

Por otro lado, la construcción del canal interoceánico por Centroamérica o el istmo panameño potenció la importancia geopolítica de la zona del Caribe acaso aún más que en los siglos precedentes. En esos juegos de ambiciones se enfrascaban desde mucho antes Gran Bretaña, Francia y España, y también, cada vez de modo más directo y abierto, la república norteamericana. Lo que se venía previendo por destacados pensadores y políticos de Latinoamérica desde los albores de aquella centuria, ya en sus finales se tornó algo inminente y efectivo: la rivalidad entre aquellos poderes por el reacomodo de la hegemonía sobre las Antillas Mayores,

Quién sabe si una mezcla de información sistemáticamente actualizada, con su precoz defensa de la identidad cubana e hispanoamericana, más su extenso

¹ Ponencia leída el 7 de junio de 2016 en el panel "Las Antillas salvarán el mundo." El Caribe en la estrategia de José Martí para el equilibrio de América y del mundo. Un proyecto político y cultural, del 48 Congreso de la Asociación de Historiadores del Caribe.

y profundo conocimiento acerca de Estados Unidos y del mundo moderno en sus hechos y sus ideas, contribuyeron a redondear en José Martí su cabal comprensión de que se estaban viviendo tiempos de mudanzas —“de reenquicimiento y remolde” los llamó él en 1882—, que abrían tanto oportunidades —que a su juicio no debían desaprovecharse— para un verdadero avance desde y para sí de la que él llamó nuestra América, como también peligros mortales para la soberanía de esos estados y la estabilidad de esos pueblos.

Empero, sin dudas, su patriotismo por su Isla y su claro sentido de la patria grande continental fueron los elementos impulsores para sus procesos cognoscitivos y para el diseño y ejecución de su vasto proyecto para alcanzar el equilibrio de América y del mundo. La dramática disyuntiva para la nación cubana en plena ebullición, entre el colonialismo español y las apetencias estadounidenses, condicionó la postura martiana por los caminos del anticolonialismo y del antiimperialismo, basados ambos en una honda comprensión crítica de la modernidad de su tiempo.

De ahí, pues, que, a pesar de que en su actuar no pudo ir más allá de los pasos iniciales de su proyecto liberador, dejara explicitado en muchos y muy variados textos la estrategia por seguir para alcanzar sus propósitos.

La primera etapa de sus planes consistía en alcanzar la soberanía política de Cuba al constituir el estado nacional, es decir, la independencia, palabra clave del patriotismo cubano de entonces. Para Martí, tal propósito exigía obtener la mayor unidad posible entre los cubanos, y hasta la búsqueda del apoyo o al menos de la no enemistad de la población española asentada en la Isla, y la aceptación de la lucha armada como la vía para llegar a esa independencia.

A esos fines, Martí creó el Partido Revolucionario Cubano, con lo que seguía una forma de agrupación política ya extendida en el mundo moderno, para así alejar los localismos y caudillismos que habían lastrado los dos intentos armados previos en Cuba. Sin embargo, ese Partido no adoptó sus esquemas organizativos, ni sus estructuras, ni sus fundamentos a las prácticas usuales de tales organizaciones de la época. El PRC no se creó para las contiendas electorales, sino para organizar una guerra; hizo de las elecciones anuales el mecanismo de legitimación de su liderazgo; y su estructuración se basaba en una amplia red de asociaciones (llamadas clubes), agrupadas con igual representatividad en un organismo intermedio (los Cuerpos de Consejo en cada localidad) y una directiva integrada por solo dos personas: el Delegado y el Tesorero.

De este modo el Partido tenía una expresa orientación democrática, marcada además por el libre albedrío de cada club para su organización, actividades y manejos de la parte de los fondos obtenidos que no eran destinados a los fines bélicos. La única exigencia era aceptar las Bases² y los Estatutos secretos³ del Partido, que fijaban el objetivo independentista para Cuba y Puerto Rico. Su fin

² “Bases del Partido Revolucionario Cubano”, *Obras Completas*, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963-1967, t. 1, p. 279-280. Hay varias reimpressiones. En lo adelante: OC.

³ “Estatutos secretos del Partido”, 1892, OC, t. 1, p. 281.

inmediato era preparar la contienda armada contra la dominación colonial española para establecer una república.

En consecuencia, el partido, la guerra y la república constituían pasos dentro del mismo propósito, tan interrelacionados en los planos conceptual y práctico que la república, según Martí, ya se iba creando desde el Partido y durante la guerra: aquella no era un meta en la que solo se comenzaba a trabajar tras la salida de colonialismo, sino que se iba construyendo en el mismo proceso hacia la independencia.

En el artículo 3º de las Bases se afirma que el objeto del Partido sería “fundar en Cuba por una guerra de espíritu y métodos republicanos, una nación capaz de asegurar la dicha durable de sus hijos y de cumplir, en la vida histórica del continente, los deberes difíciles que su situación geográfica le señala.”⁴

Si el Partido era una organización original, adecuada a sus objetivos, la guerra era la manera de alcanzar estos. Por eso Martí la llama casi siempre “guerra necesaria”: necesaria porque el colonialismo español no admitía otra salida para la nación cubana; necesaria porque en su curso habían de forjarse los principios republicanos. Y a su colofón, el estado republicano independiente, el Maestro lo calificó de “república nueva”.

Tras ese nombre hay, sin duda, una voluntad conceptual en Martí. La “república nueva” ha de entenderse no como un simple lema de propaganda política sino como todo un concepto dentro de la teoría política martiana.

La revisión de su obra permite comprender sin mayor esfuerzo que cuando Martí habla de república lo más frecuente es que no se refiera a una forma de gobierno, sino a un tipo de sociedad diferente, que debía constituirse en las Antillas libres.

Tal sentido es lo que le confiere alcance conceptual al término, al extremo de que puede considerarse como su categoría fundamental para explicar su idea de las transformaciones que habrían de producirse en Cuba a fin de garantizar una verdadera independencia.⁵

Su insistencia desde su desembarco en Cuba en abril de 1895 para constituir un gobierno, no era solamente con el propósito de impedir la manifestación del caudillismo entre los jefes militares. Su voluntad era educar a los patriotas sobre las armas —como había venido ocurriendo entre los emigrados— en el ejercicio de métodos republicanos, lo cual no contradecía impedir los obstáculos que durante la Guerra de los Diez Años se habían levantado contra el desarrollo de las operaciones militares.

⁴ OC, t. 1, p. 279.

⁵ Tal apreciación fundamenta la conocida obra de Emilio Roig de Leuchsenring *La república de Martí*, La Habana, 1960; quien allí afirma que en Martí se expresa un “programa de fundamental nacionalismo y de radical transformación republicana de la colonia”.

Esta escueta frase de su *Diario de campaña* sintetiza su idea: “el Ejército, libre,—y el país, como país y con toda su dignidad representado”.⁶

Luego la república se forjaba desde la guerra. Primero: porque el gobierno por constituir adoptaría la forma republicana. Segundo: porque mediante el ejercicio del sufragio los patriotas en armas elegirían sistemáticamente a sus representantes. Así, al lograrse la separación política de España se habría acumulado una práctica, una cultura republicana, que se volcaría hacia la nueva nación.

Si revisamos cuidadosamente las diversas referencias martianas a la república ya alcanzada la independencia, encontraremos que casi nunca la explica como una forma de organización estatal sino como una manera de ser, como una forma de vida. La república, en sus palabras, no obedece a un esquema gubernamental preconcebido, sino que una y otra vez es un deber ser hacia el que había de tender la sociedad republicana, independizada del colonialismo.

Observaciones directas a la forma de gobierno solo encontramos en una ocasión en su *Cuaderno de apuntes*,⁷ y de ellas quedan claros su deseo de respetar el criterio de la minoría aunque se adopte el de la mayoría y un cierto ejercicio del poder de forma colegiada. Sin embargo, son numerosas las referencias a cuáles serían los objetivos de aquella república.

En su magistral ensayo “Nuestra América”⁸ se halla la mejor síntesis de tales objetivos. Es obvio que su crítica a las repúblicas criollas del Continente indica claramente cómo no debía ser la antillana, la “nueva”. Se trataba de que la colonia no continuase viviendo en la república a través de la implantación de modelos políticos y de organización social que perpetuasen el hábito de mando de los opresores. Había que situarse del lado de los oprimidos, del hombre natural (el indio, el negro, el campesino) y cumplir sus ansias de justicia social.

Luego, es evidente que la república cubana tendría que remover el modo de vida colonial —para Martí algo de mucho más alcance que las formas del despotismo político colonial— y abrir cauce a la justicia social, lo cual, a todas luces, implicaba transformaciones sociales radicales. Por tanto, la perspectiva republicana de Martí, además de incluir la forma de estructuración del Estado y del gobierno, subordinaba esta al cambio social en función de las clases populares.

Sabemos que para él ese cambio habría de ser para alcanzar el equilibrio social entre las diferentes clases y capas. Llamo la atención acerca de que su concepto de equilibrio expresado en fórmulas tan conocidas como “con todos, y para el bien de todos”, no significaba en modo alguno sostener el *statu quo* colonial o reproducir el practicado en las repúblicas de nuestra América. Ambos

⁶ *Diario de Cabo Haitiano a Dos Ríos*, OC, t. 19, p. 229.

⁷ “Fragmentos”, OC, t. 22, pp. 108-109.

⁸ José Martí: *Nuestra América. Edición crítica*, investigación presentación y notas de Cintio Vitier, La Habana, Centro de Estudios Martianos-Casa de las Américas, 1991; OC, t. 6, pp. 15-23. Hay varias reimpressiones de la Edición Crítica.

casos eran sociedades de injusticia, desequilibradas. No se trataba, pues, de mantener esos desequilibrios que hasta ponían en peligro el sostenimiento de la independencia frente a la amenaza expansiva de Estados Unidos, sino de alcanzar el equilibrio. Este es entonces un desiderátum al que solo podría arribarse si se practicaba efectivamente la justicia social.

Por consiguiente, esa es la clave de la república cubana, su evidente alcance ético. Tal perspectiva era —y es aún— de franco carácter revolucionario, aunque Martí insistiese en que no se trataba en modo alguno de hacer desaparecer las clases propietarias, sino de eliminar el “exceso de nuestras vanidades y soberbias”.⁹ Sí se trataba para él de evitar que la república fuese una cuenta corriente o cosa palaciega de una docena de criollos.¹⁰ Por eso, cuando proclama que la república sería de “justicia para todos”, queda claro que en su opinión faltaba justicia para muchos. Ese desbalance, ese desequilibrio sería el que habría de romper la república para llegar en la república democrática al “equilibrio de la justicia de los hechos”.¹¹

Tan importante era para él alcanzar la justicia que en una de sus crónicas norteamericanas proclamó que la política es “el arte de ir levantando hasta la justicia la humanidad injusta”.¹² La república cubana, pues, sería la práctica de la política así concebida.

Él mismo estableció cómo se alcanzaría la salvación de la patria mediante la obtención de justicia para todos:

En “la justicia práctica de sus leyes y costumbres”.

En “el carácter original y directo de sus hijos”.

En “el inmediato ensanche de las fuerzas del trabajo maravillosas”.¹³

El que Martí no dejase un programa de gobierno, un plan concreto de medidas por ejecutar luego de ser obtenida la independencia, no significa que no estemos en condiciones de comprender hacia dónde estas serían orientadas.

Sabemos, por una parte, que insistió en que la tierra era la base esencial de la riqueza y que no podía estar concentrada en pocas manos. Una clase de propietarios campesinos sería el bastión de una nación de base agrícola que habría de desarrollarse mediante la diversificación productiva y de mercados, y cuya industria habría de fundamentarse en sus capacidades agrícolas. Sobre tal esquema económico-social, la república, por otro lado, debería alcanzar y sostener el equilibrio, que se aseguraría mediante la posibilidad de ofrecer trabajo y una educación que permitiese una agricultura de alta productividad y

⁹ Carta a Ricardo Rodríguez Otero, 16 de mayo de 1886, OC, t. 1, p. 194.

¹⁰ “Autonomismo e independencia”, OC, t. 1, p. 355.

¹¹ “La proclamación del Partido Revolucionario Cubano el 10 de abril”, OC, t. 1, p. 391.

¹² “En los Estados Unidos”, OC, t. 12, p. 57.

¹³ “A los presidentes de los Cuerpos de Consejo de Key West, Tampa y Nueva York”, 9 de mayo de 1892, OC, t. 1, p. 437.

una sociedad moderna, asentada en sus propias bases de autoctonía mediante la adopción de un sistema político y social original, no mera reproducción de los que ya funcionaban en otras partes del orbe.

En más de una ocasión Martí habla de la república nueva en Cuba. La novedad, desde luego, habría de venir por su forma —que debería ser original— tanto como por su contenido: terminaría con el espíritu colonial y los desequilibrios sociales, se abriría al mundo moderno desde su propio tronco y proporcionaría un desarrollo económico capaz de sustentar las necesidades básicas de su pueblo. Desde tales condiciones y, al mismo tiempo, para garantizarlas con efectividad, la república cubana habría de contribuir al equilibrio de América y del mundo. Su propia existencia en las condiciones históricas en que se procuraba su surgimiento, sería ya parte de tal contribución: Cuba —junto a Puerto Rico también libre— evitaría el derrame de Estados Unidos hacia la región centroamericana y antillana y su avance más al sur del Continente.

Para Martí se trataba de impedir una nueva forma de dominación en esta zona del mundo y de evitar la disputa que esa nueva hegemonía de la naciente potencia del norte levantaría desde las potencias europeas. Al equilibrio internacional era imprescindible entonces una república en Cuba, ya no colonia de España, pero capaz también de asegurar su permanencia en el concierto de naciones libres mediante el justiciero equilibrio social interno y el verdadero desarrollo económico y social en función y desde sus propios intereses.

Desde esa república nueva se avanzaría, entonces hacia el fin supremo de toda su obra y de su vida: “desuncir al hombre” mediante la conquista de la victoria en la lucha más definitiva y universal “entre el desinterés y la codicia y entre la libertad y la soberbia”.¹⁴

Esa esperanza, ese sueño que Martí con enorme realismo practicó al echar hacia delante la lucha por la república cubana, es aún sueño de muchos, en esta época incierta que vivimos. Ojalá que según sea conocido, el pensamiento martiano sirva de acicate para ello como lo ha sido para los cubanos.

¹⁴ “Los pobres de la tierra”, *Patria*, 24 de octubre de 1894, OC, t. 3, p. 304.